

Prólogo

MONSTRUOS EN EL ARMARIO



TED MARCH lo llama el

Agujero del Infierno.

Es el armario de su hijo, un pequeño armario con puertas correderas de arce, donde el muchacho de seis años cuelga sus camisas, tira sus zapatillas deportivas y tiene apilados sus muñecos de peluche. Un armario que, a primera vista, es similar a los que hay en las habitaciones del resto de los niños que viven en su calle.

Pero en el armario de Devon March unos ojos verdes le acechan desde la oscuridad.

—Papá —pregunta el niño—, ¿qué es eso?

Ted March lo llama el Agujero del Infierno, pero nunca delante de Devon. Quiere que su hijo crezca como un niño normal, que su pasado no le impida vivir su vida como cualquier otro. Todos estaban de acuerdo en que era mejor que no supiera la verdad. Por eso Ted lo alejó del lugar donde había nacido: para salvarle de su herencia y de la razón por la que su armario era una puerta al infierno.

—¡Papá! —grita Devon señalando—. ¡Ahí dentro hay unos ojos!

Y es cierto. Hasta ahora Ted había logrado mantener a los demonios a raya. Había cogido a unos cuantos que se habían deslizado del armario como serpientes y habían reptado por el suelo para tomar posiciones debajo de la cama. Los había pisoteado y devuelto a su agujero. De momento se trataba de criaturas pequeñas y estúpidas, fáciles de atrapar con las técnicas que Ted había aprendido de su padre y éste de la misteriosa y antigua alquimia de los Guardianes.

—¡Papá! —vuelve a gritar Devon—. ¡Algo se está moviendo ahí!

Hasta ahora el niño no había visto nada, pero lo habían despertado de su profundo sueño y las había oído susurrar en su infame escondite. Entonces llamaba a Ted, que había aprendido a dormir con un ojo abierto. Trasladarse no les sirvió de nada: los demonios les siguieron desde Misery Point, y les habrían encontrado en cualquier parte. Porque a quien buscan desesperadamente es a Devon, que es un hechicero de la Orden de la Noche.

También es un niño de seis años, con los miedos de cualquier niño de esa edad que se despierta en mitad de la noche. Y por mucho que su padre intente consolarlo, lo que jamás hará es mentirle. No le dirá que esos sonidos son producto de su imaginación, no le negará que los chirridos en su armario son reales.

—¡Mira, papá! —grita Devon más asustado—. ¡Los ojos se están moviendo!

Así es. Ted March se queda mirando a la oscuridad del armario de su hijo. Siente un calor sofocante, una terrible presión. Los ojos verdes inyectados en sangre parpadean lánguidamente un par de veces sobre el montón de zapatillas deportivas y muñecos de peluche.

—No pueden hacerte daño, Devon —le susurra a su hijo—. Nunca lo olvides. Eres más fuerte que ellos.

—Pero tengo miedo —gime el pequeño.

Sí, ése es el problema. Aunque no le hagan daño pueden asustarle, al menos mientras siga siendo un niño. Desde que el Loco abrió el Agujero del Infierno en Ravenscliff los demonios andan sueltos, y Ted sabe que al cerrar el Portal hace seis años no los atrapó a todos. Los siguieron hasta allí, a cientos de kilómetros, se agazaparon en el fondo del armario de Devon para crear un nuevo Agujero del Infierno y se instalaron en su casa como las ratas en un sótano.

Ted observa cómo se agrandan los ojos en la oscuridad. El demonio se está despertando y al percibir su presencia estrecha los ojos para verlos mejor. Ahora Ted puede oír cómo respira, con un silbido que suena como un radiador averiado.

—Atrás, Devon —le ordena.

El niño se encoge aterrorizado junto a la cama. Su padre está de pie frente al armario. El demonio que hay dentro se mueve y saca un largo brazo, que sería humano si en lugar de zarpas tuviera dedos.

Ted echa un vistazo por la habitación y fija la mirada en el bate de béisbol de Devon. Después de cogerlo lo levanta en el aire.

—Por el poder de la Orden de la Noche te ordeno que te vayas —dice, al tiempo que golpea con el bate el brazo de la criatura.

Un rugido de ira y dolor hace temblar la habitación. Devon se agarra a la cabecera de la cama con los ojos bien abiertos y se tapa los oídos cuando el demonio vuelve a rugir. En vez de retroceder ante el ataque de su padre ha conseguido salir a la habitación.

A la luz.

Ted pone cara de repugnancia. Ha visto muchos demonios de carne y hueso. Cuando era joven, en los páramos de

Inglaterra, luchó contra cientos de ellos y metió a muchos de nuevo en sus agujeros. Pero siempre le han parecido repulsivos. Éste, alto y fiero, echa babas y pus, tiene zarpas y colmillos y es especialmente asqueroso.

—Lárgate, maldito —grita Ted y le propina una violenta patada en el estómago al monstruo, que ruge, mostrando una mueca de rabia y dolor en su cara humanoide. El pelo largo y revuelto, que le cuelga de la cabeza y del cuerpo, se agita furiosamente y alcanza a Ted en la cara, introduciendo en sus fosas nasales el hedor de la muerte.

—No puedes tocar a Devon —le advierte—. Es más fuerte que tú y lo sabes.

El demonio se echa hacia atrás como si fuera a saltar. Pero de repente alarga el brazo, araña a Ted en la cara y le hace sangrar.

—¡Papá! —exclama Devon.

Ted se abalanza sobre el monstruo, le coge por la cintura e intenta llevarle de nuevo hacia el armario. Cuando vuelve a rugir, la habitación tiembla como si la sacudiera un terremoto. Los dinosaurios y los coches de juguete caen de las baldas; la estantería se vuelca y esparce por el suelo los vídeos de Batman. El demonio, enfurecido, lanza a Ted por la habitación. Choca entonces contra la pared y se desliza hasta quedarse sentado, aturdido e indefenso mientras el demonio avanza hacia él.

—¡Papá! —gime Devon.

La criatura se arrastra por el suelo de madera. Devon llora mientras ve cómo se acerca a su padre, lamiendo sus afilados colmillos con su larga lengua roja. Más tarde recordará estas escenas como horribles pesadillas, pero de momento está aterrado, convencido de que el monstruo devorará a su padre y de que él será el siguiente.

—¡No! —grita.

Eso es todo. Con un simple no la criatura se da la vuelta con los ojos llenos de terror.

—¡No! —repite alargando la mano de forma instintiva. «Eres más fuerte que ellos», le ha dicho siempre su padre.

El demonio ruga. Devon se muerde el labio y se concentra con todas sus fuerzas.

—¡Atrás! —exclama, y con un golpe de su brazo le lanza por los aires y le mete de nuevo en el armario. La puerta se cierra de golpe y la habitación se queda de repente en silencio.

—¿Papá? —pregunta Devon con una voz muy débil.

Ted March abre los ojos. El demonio se ha ido. Y el calor también. Mira hacia arriba y ve a su hijo sobre él. Sonríe.

Devon es aún un niño regordete, pero en cierto sentido es ya un hombre.

—Papá, ¿te encuentras bien? —le pregunta con sus ojos oscuros llenos de lágrimas.

—Estoy bien, Devon —le responde Ted abriendo los brazos, en los que el niño se hunde agradecido—. Eres un chico fuerte, Devon. Eres más fuerte que ellos.

Al abrazarle siente cómo le late el corazón y le tiembla todo el cuerpo.

Sí, es más fuerte que ellos, pero mucho menos astuto, y eso lo utilizarán contra él. Éste era torpe e ignorante, pero hay otros y Ted sabe que también vendrán.

En cuanto al Loco, no cree que se haya ido para siempre.

Padre, maestro, pero sobre todo Guardián. Ted March ha dedicado su vida al pequeño Devon. Le promete de nuevo que no le ocurrirá nada, que vivirá como un niño normal, que le libraré de los horrores de su herencia en la medida de lo posible.

No es una promesa fácil cuando los monstruos del armario son reales, y lo sabe.

OCHO AÑOS
DESPUÉS

I

MISERY POINT



DURANTE UN LARGO

RATO el lúgubre aullido de un animal distante eclipsa el sonido del viento. Devon March baja del autobús arrastrando con una mano su pesada maleta y agarrando con la otra la medalla de san Antonio que tiene en el bolsillo. La aprieta con tanta fuerza que le hace daño en la palma.

Aunque es una noche fría y húmeda de octubre siente el calor y la energía que lo acompañan desde que era un niño. «Están ahí fuera —piensa—. Me observan en la oscuridad, como siempre.»

A su espalda, el conductor cierra las puertas de golpe y el autobús desaparece en la noche.

La estación se queda a oscuras, pero una débil luna otoñal ilumina su camino. Sólo otra persona se ha bajado con él del autobús, un hombre cuyos pasos resuenan ahora en la terminal vacía. Aún no ha llegado la lluvia, pero Devon la nota ya en el viento y en la humedad salada que viene del mar. Así es como el señor McBride le dijo que sería.

—¿Por qué crees que lo llaman Misery Point?

Devon sale al aparcamiento y mira alrededor. Le habían prometido que iría a recogerlo un coche. Puede que se retrase o que el autobús haya llegado antes de tiempo. Sin embargo, mientras las sombras parpadean bajo la luz de la luna le asalta un presentimiento. Esperaba que las criaturas lo siguieran hasta allí; suponía que no lo dejarían escapar sin más. Lo que no esperaba era la intensidad del calor, una clara señal de que se encontraban cerca. Ya al bajar del autobús se dio cuenta de que el calor era mucho más intenso que en Nueva York.

«En este lugar hay respuestas —le dice su Voz interior—. Por eso te envió tu padre aquí.»

Un trueno retumba a lo lejos. ¿Qué le ha dicho la anciana en el autobús?

«Allí sólo encontrarás fantasmas.»

—Disculpa. —Una voz interrumpe sus pensamientos.

Devon se da la vuelta. En el aparcamiento vacío hay un hombre, el mismo que se ha bajado con él del autobús hace un momento.

—¿Esperas a alguien?

—Sí —responde Devon—. Me dijeron que me recogerían aquí.

El hombre lleva una maleta parecida a la suya. Es un tipo de unos treinta años, alto, moreno y apuesto.

—Bueno —dice—. No es un lugar muy agradable para que te dejen plantado. ¿Quieres que te lleve al pueblo?

—Estoy seguro de que no me dejarán plantado —le contesta.

El hombre se encoge de hombros.

—Muy bien. Pero no me gustaría que te pillara la lluvia.

Devon lo observa mientras se dirige a su coche, un Porsche de color plata aparcado unos metros más allá. Es el único coche que hay en el aparcamiento.

«Lo sabe. Este hombre sabe qué has venido a buscar aquí.»

La Voz le llega como siempre desde el fondo de su mente. Es una voz distinta a cualquier otra: un discurso claro y vibrante que no puede reconocer como propio.

«Lo sabe —le dice de nuevo la Voz—. No dejes que se vaya.»

Devon no está seguro de lo que sabe, pero tiene la certeza de que si quiere encontrar respuestas en este lugar debe escuchar la Voz. Nunca le ha fallado.

—¡Eh! —grita.

Pero el viento que sopla con furia ahoga sus palabras.

—¡Oiga! —vuelve a gritar más alto.

Sin advertir su presencia, el hombre abre la puerta de su coche y se mete dentro. Devon oye el ruido del motor de arranque. Las luces del coche se encienden.

«No hay tiempo —piensa—. Si corro hacia él no me verá.»

Sólo hay una manera, y reza para que funcione. Se concentra. El coche empieza a salir marcha atrás. Devon cierra los ojos y se concentra con más fuerza.

Y de repente se abre la puerta del conductor.

—Pero ¡qué...! —exclama el hombre.

Devon coge su maleta y comienza a correr hacia el coche.

—¡Eh! —grita.

El hombre se asoma por la puerta abierta. Parece que le preocupan más las bisagras de su coche que el muchacho que corre hacia él.

—¡Oiga! —murmura Devon casi sin aliento—. ¿Sigue en pie su oferta?

El hombre le mira antes de seguir observando su puerta con cara de extrañeza.

—Sí, claro —responde—. Por supuesto, chaval. Sube.

—Es usted el hombre —dice Devon sonriendo.

«Sí, es él —confirma la Voz—. Un hombre con respuestas.»

Las respuestas que Devon ha venido a buscar a Misery Point.

DEVON MARCH tiene catorce años. No es como otros muchachos; lo sabe desde los cuatro años, cuando hizo levitar a su perro, Max, por la habitación. Una vez participó en una carrera de relevos con su mejor amigo, Tommy, y llegó a la meta antes de que los demás abandonaran la salida. Ha visto a muchos demonios cara a cara, con sus diabólicas fauces peludas. No es algo que pueda decir mucha gente de su edad.

No, no es como los demás. Para nada.

—Tienes un don —le decía su padre desde que era pequeño—. Puedes hacer cosas que otros no pueden hacer. Cosas que la gente no comprende, que les asustan.

—Pero ¿por qué, papá? ¿*Por qué* puedo hacer esas cosas?

—Eso no importa, Devon. Recuerda que tu poder procede del bien y que mientras lo utilices para buscar la luz siempre serás más fuerte que lo que haya ahí fuera.

Así, pues, mantuvieron el secreto entre ellos. Devon creció sabiendo que era diferente, pero sin saber por qué. Su padre le prometió que algún día comprendería su destino. Pero hasta ese momento debía confiar en el poder del bien.

—Llámalo Dios, como muchos —le dijo su padre poco antes de morir—. Llámalo fuerza superior, el espíritu del universo, el poder de la naturaleza. Es todas esas cosas. Es la luz que hay en ti.

Su padre comenzó a hablarle de esos enigmas en las últimas semanas, y Devon le escuchaba con atención inten-

tando descifrarlos. Pero cada vez le resultaban más incomprendibles. Entonces se murió, dejándole con otra serie de misterios.

—¿Adónde vas? —le preguntó en el autobús la anciana sentada junto a él.

—A Misery Point. Está en la costa de Rhode Island, cerca de Newport.

—Sé dónde está —le respondió ella con la boca y los ojos arrugados—. *Pero allí sólo encontrarás fantasmas.*

Hasta ese momento a la anciana le caía bien el muchacho. Le preguntó de dónde era, y él dijo que venía de un pueblo llamado Coles Junction, en el estado de Nueva York. Intercambiaron bromas y vieron los colores del paisaje de Nueva Inglaterra por la ventanilla. Pero al pronunciar las palabras *Misery Point* su actitud cambió.

—¿Fantasmas? —repitió Devon—. ¿Qué quiere decir?

—Conozco esos parajes —le comentó ella—. Y no son un lugar adecuado para un muchacho. Aléjate de allí.

Él se rió.

—Tendré en cuenta su advertencia, pero verá, mi padre ha muerto y me ha dejado bajo la tutela de una antigua amiga suya que vive allí. Así que como comprenderá no tengo muchas opciones.

La anciana movió la cabeza de un lado a otro.

—No bajas del autobús. Quédate donde estás hasta que dé la vuelta y regrese al sitio de donde vienes —le pidió. Tenía los párpados arrugados y los ojos amarillos, aunque brillaban con un fiero sorprendente—. *Hay leyendas...*

Devon buscó con la mano la medalla de san Antonio que llevaba en el bolsillo.

—¿Qué clase de leyendas? —le preguntó.

—Sobre los fantasmas —le dijo la mujer en voz baja—. Te digo la verdad, muchacho. Allí sólo encontrarás fantas-

mas. Los jóvenes de ahora creéis que nada puede haceros daño. Con vuestra música *rap* y los auriculares en las orejas habéis perdido el contacto con el mundo que os rodea.

Pero eso no era cierto, al menos en su caso. Sabía que había cosas que no se podían explicar, que existía otro mundo diferente. Cuando era un niño y le asustaban los monstruos de su armario su padre no negaba que existieran esas cosas para consolarle. ¿Cómo iba a hacerlo cuando a los seis años había visto ya a uno de ellos intentando arrancarles la cabeza? Le reconfortaba diciéndole que era más fuerte que cualquier demonio, que sus poderes eran extraños y profundos.

Eran extraños porque aparecían y desaparecían de forma espontánea. En momentos difíciles —por ejemplo, cuando los demonios invadían su habitación o cuando su padre estuvo a punto de caerse de la escalera mientras pintaba la casa—, los poderes de Devon no fallaban nunca. Siempre conseguía salvar la situación en esos casos. Pero si intentaba impresionar a una niña levantando una barra con su mente no había manera. Sus poderes parecían tener voluntad propia, se manifestaban o se desvanecían sin previo aviso. Como aquel día en Woolworth, cuando sólo tenía cinco años, y se encaprichó de un Transformer por encima de todo: el juguete se elevó de la estantería y fue flotando por el pasillo hasta acabar dentro de su mochila. No lo robó, simplemente lo *siguió*. Su padre se quedó asombrado al verlo en cuanto llegaron a casa, pero se creyó la historia de cómo había llegado hasta allí.

O aquella vez que la señora Grayson le castigó por hablar en clase. Era una vieja antipática, una bruja a la que todo el mundo despreciaba. Le obligó a dar la vuelta a su pupitre, para ponerlo de cara la pared. Indignado, porque odiaba que le separaran de los demás, deseó con todas sus

fuerzas que no fuera el único al que castigaran así, y de repente todos los pupitres del aula se giraron como el suyo. A la señora Grayson estuvo a punto de darle un infarto junto a la pizarra.

Pero aparte de los poderes y los demonios —excepciones nada insignificantes—, Devon era como cualquier otro muchacho de su edad. Al menos lo era hasta que se marchó: andaba por ahí con sus amigos, escuchaba música y jugaba con su ordenador. Era un buen estudiante y tenía muchos amigos; puede que no fuese el chico más popular del colegio, pero tampoco era impopular.

Todo eso cambió cuando su padre murió, hacía menos de un mes. Ted March sufrió un ataque al corazón en agosto, y ya no se levantó de la cama.

—Te pondrás bien, papá —le dijo Devon.

Su padre sonrió.

—Soy muy viejo, Devon. Se me está acabando el tiempo.

—Sólo tienes poco más de cincuenta años —le respondió, mirándole fijamente—. No eres tan viejo.

Su padre se limitó a sonreír y cerró los ojos.

Resistió un mes. Intentó recuperarse, pero no tuvo fuerzas. Devon lo encontró una mañana justo cuando el sol despuntaba en el horizonte. Murió tranquilamente mientras dormía, solo. Devon estuvo una hora junto a él, acariciando su fría mano y dejando que le cayeran las lágrimas por las mejillas. Y luego llamó al señor McBride, el abogado de su padre, para darle la noticia.

Su antigua vida cambió de un día para otro. Lo único que prácticamente le quedaba de ella era la medalla de san Antonio que su padre llevaba siempre en el bolsillo, entre las monedas. Él decía que era un talismán. Y cuando Devon le preguntó qué era un talismán esbozó una sonrisa.

—Es como un amuleto de la buena suerte.